Teatro Latino

Anfitrión

SOSIA, MERCURIO

SOSIA

Ensayemos la manera de hacer mi papel. Si miento, procederé como de costumbre y según mi genio. En lo más recio del combate, me oculté cuidadosamente. No importa; haré como si hubiera estado presente en la acción y repetiré lo que me han dicho. Pero, si me he de expresar en términos convenientes, debo prepararme. Empezaré así: "Tan pronto como hubimos llegado y echado pie a tierra, Anfitrión, sin perder tiempo, hizo una

selección de los principales oficiales, y con ellos constituyó una embajada que fuese a declarar a los Teleboenos las resoluciones adoptadas. Si quieren restituir voluntariamente lo que han usurpado, y devolver lo que han cogido acompañado de los rapaces, él, sin dilación, sacará de aquel territorio a su ejército y los Argios les dejarán tranquilos y en paz; pero si se obstinan en negarle las satisfacciones que demanda, la ciudad de los Teleboenos sucumbirá bajo la acción de las armas de Anfitrión.

Los jefes de la embajada cumplen exactamente su cometido; pero los fieros Teleboenos, llenos de confianza excesiva en su valor, responden con injurias y con amenazas a nuestros embajadores: "Que ellos sabrán defenderse y proteger a su país y que los tebanos deben apresurarse a retirar sus tropas."

Apenas Anfitrión hubo recibido esa respuesta, puso en movimiento a todo su ejército: los Teleboenos salen de sus murallas cubiertos con magníficas armas: por una y otra parte se despliegan fuerzas numerosas. Los soldados ocupan su respectivo lugar; las compañías se alínean; las legiones toman sus disposiciones ordinarias; las del enemigo se forman en batalla. Entonces los generales avanzan entre los dos ejércitos y convienen juntos en que los vencidos se entregarán con

su ciudad, sus campos, sus altares y sus hogares. Inmediatamente la trompeta suena en uno y otro campo: en los dos lados se lanzan gritos de guerra: el suelo tiembla. Los generales dirigen plegarias a Júpiter y arengas a sus ejércitos. Cada combatiente muestra, por los golpes que da, todo el vigor y el coraje que le animan. Los dardos se quiebran; el cielo ruge por el fragor de la pelea, y el vapor de la respiración se condensa en nube. Por todas partes los heridos sucumben a la violencia del choque. En fin, obtenemos la ventaja; las filas de los enemigos son segadas y nuestros soldados más terribles las acosan y las destruyen. La victoria es de nosotros.

Pero ningún combatiente piensa en huír: ninguno retrocede. Todos a pie firme y con intrépido corazón, antes que ceder, se dejan matar; cada cual sucumbe en su sitio y aun después de muerto ocupa su lugar.

Ante este espectáculo, Anfitrión, nuestro jefe, ordena un movimiento a la derecha a su caballería. La orden se ejecuta con la rapidez del rayo: los caballeros se arrojan sobre los batallones, lanzando grandes gritos, los rompen, los aplastan bajo sus pies; ¡justa venganza de la injuria!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MERCURIO.—*aparte*

Hasta este momento, su relato es completamente exacto. Yo estaba presente en el combate con mi padre.

SOSIA

Los enemigos se dispersan: los nuestros redoblan su ardor viendo huír a los Teleboenos y los acribillan con un haz de saetas; el mismo Anfitrión mata con su propia mano al rey Pterelas. Así terminó la batalla que había durado desde la mañana hasta la noche. Debo acordarme bien, porque tuve el estómago vacío durante la jornada toda. En el siguiente día los jefes de la ciudad vinieron al campo con el rostro cubierto de lágrimas y las manos vendadas: nos pidieron que les perdonásemos su falta, y se entregaron con sus cuerpos y sus bienes, con sus dioses, su ciudad y sus hijos, al poder y a la gracia del pueblo tebano." De esa manera contaré a mi ama las cosas ocurridas: Pero apresurémonos a cumplir las órdenes de mi amo y entremos en casa.

PLAUTO.

La Marmita

LA DESESPERACION DEL AVARO

EUCLION, *solo*

¡Muerto soy! ¡me han degollado! ¡he sido asesinado! ¿a dónde ir? ¡Cogedle! pero ¿qué y a quién? ya no veo, ando en tinieblas. ¿A dónde voy? ¿En dónde estoy? ¡Ay! por favor . . . ¡socorredme, mostradme a aquel que me ha robado! vosotros, ocultos bajo vuestras blancas togas y sentados como gentes de bien . . . Habla tú; quiero creerte: tu cara denota que eres un hombre honrado . . . Pero ¿qué pasa? ¿por qué

reís? Se os conoce a todos; ciertamente hay aquí más de un ladrón... Pues bien, dime; ¿ninguno de ellos me lo ha robado? . . . Me das el golpe mortal. Dime pues, ¿quién lo ha cogido? ¡Lo ignoras! ¡Ah, desgraciado de mí! ¡Se acabó! he perdido mis recursos, he sido despojado de todo! ¡Día nefasto, día funesto que me trae la miseria y el hambre! No hay sobre la tierra otro mortal que haya sufrido tan rudo desastre. ¿Y qué voy a hacer de la vida, ahora que he perdido tan rico tesoro que guardaba tan cuidadosamente? Por él no gastaba ni aun lo preciso y me negaba todas las satisfacciones y todos los placeres, y ahora hace feliz a otro que me arruina y que me mata! No, no sobreviviré.

PLAUTO.

El Hombre de los tres denarios

EL AMOR Y EL DEBER

LISITELES, *solo*

¡Cuántos pensamientos se agitan en mi espíritu y cuántas angustias me causan mis reflexiones! Me consumo, me devoro, me atormento a mí mismo. Mi corazón me hace pasar muy rudo aprendizaje de la lucha. Pero no he reflexionado aún bastante; mis ideas son todavía confusas. Entre los dos partidos que puedo tomar ¿a cuál debo dar la preferencia?

¿Cuál de los dos ofrece mayores ventajas? ¿Debo consagrarme al amor o debo adorar a la fortuna? ¿En dónde está la felicidad de la vida? Esto es lo que aún permanece en la obscuridad para mí. Pero tengo un medio; examinaré atentamente una y otra condición de la existencia y seré a la vez juez y parte en este debate. Eso es: he aquí lo que voy a hacer: primeramente investigaré los procedimientos del amor y lo que se gana con él. El amor no tiende sus redes más que a los hombres apasionados; a ellos es a quienes escoge; a ellos se une; para ellos es para quienes tiene seducciones y malicias; mal consejero, pródigo en palabras dulces, rapaz, mentiroso, glotón, codicioso de dinero, aficionado a coqueterías, ávido de despojar, corruptor de quien tiene a su alcance, busca las soledades misteriosas, es adulador y necesitado; olfatea el bien que más se quiere ocultar; apenas el amante ha sido herido por los besos punzantes del ser amado, parece que el dinero se funde, se sale y se escapa. (*Tomando el tono mimoso de una cortesana que pide.*) "Dame eso, si me quieres; te lo ruego, miel de mi alma!" Y en seguida el incauto: "Sí, pupila de mis ojos, te lo daré; y si quieres más aún, lo tendrás!" Entonces la bella despluma al paciente y le exige más y más. Pero no se podría considerar demasiado mal tratado, si no tuviera que gastar además en festines, en francachela y en toda clase de prodigalidades. Le conceden una noche; en ella le envían toda la gente de la casa: el perfumista, el conservador de alhajas, las criadas de vestir, las que tienen el abanico, las que cuidan de las sandalias, las portadoras de cofrecillos, los corredores de mensajes, los recaderos y, en fin, un ejército de bebedores y de comensales, y el enamorado, para recibir bien a aquella gente, queda reducido a la miseria. Cuando tengo esta idea presente en el pensamiento, y considero lo poco estimado que es el hombre que no tiene dinero . . . no, no, amor; no quiero nada de ti; nada de negocio entre nosotros, por mucho placer que se tenga en comer y beber contigo. El enamorado sufre muchas amarguras y causa muchas penas; pierde la estimación pública, ahuyenta a los parientes, huye de sí mismo por temor de verse tal cual es, y nadie quiere tenerle por amigo. Sí; hay mil razones para no trabar conocimiento con el amor, para descartarlo, para alejarlo de sí: abandonarse al amor es perderse con más certeza que precipitándose desde la roca fatal. ¡Atrás, atrás, amor! Divorcio entre nosotros; no seamos nunca amigos íntimos; tienes, sin mí, bastantes esclavos a quienes atormentar y arruinar. Decididamente, me consa-

gro a la sabiduría, por muy laboriosa que sea la tarea que me imponga. Lo que buscan los hombres de bien es la fortuna; el crédito, la consideración, la gloria, el aprecio público, esa es la ambición de los ciudadanos a quienes se estima. Sí, prefiero vivir con ellos a vivir con las gentes sin honor, sin consistencia.

PLAUTO.

El Eunuco

EL PARASITO GNATON

GNATON, *aparte, entrando*

¡Qué diferencia, excelsos dioses, entre uno y otro hombre! ¡entre un necio, por ejemplo, y un hombre intelectual! He aquí lo que me ha sugerido esta reflexión: a mi llegada, en la mañana de hoy, a esta ciudad, me encuentro a un hombre de mi país y de mi clase, un vividor que ciertamente no tiene el defecto de la avaricia, y que, como yo, se ha comido todo su patrimonio. Me lo encuentro mugriento, sucio, abatido, cubierto de

harapos y cargado de años: —¡Oh! ¡Oh! ¿Qué te pasa, le dije; qué significa ese equipo?—Que he perdido todo lo que tenía. Mira a lo que he quedado reducido; relaciones sociales, amigos, todos me han vuelto la espalda."—¡Con qué desdén lo miraba yo desde las alturas de mi grandeza!—"Y,—repliqué entonces,—¿cómo te has arreglado para no encontrar en ti esperanza ni recursos? ¿Has perdido el entendimiento a la vez que el bienestar? Mírame: ¿No soy de tu misma condición? Pues bien, observa, ¡qué color! ¡qué brillo! ¡qué traje! ¡qué robustez! Soy rico y no tengo un denario, nada poseo, y nada me falta.—Pero—me contesta—yo tengo una desgracia: la de no saber hacer el bufón ni prestarme a recibir golpes."

—"¿Y crees, que, siendo así, vas a buscar fortuna? ¡Qué error! Esa manera de ser pudo tener éxito en otros tiempos, durante pasados siglos y con costumbres pasadas de moda: hoy disponemos de un método completamente nuevo, del que tengo el honor de la invención. Hay por el mundo cierta clase de hombres que nada valen y que se creen y quieren ser los primeros en todo: pues bien, me uno a ellos, no para servirles de risa, sino para sonreírles con todo motivo y admirar siempre su ingenio. Dicen cualquiera cosa; aplaudo: un momento después dicen lo contrario; aplaudo

también. ¿Dicen que no? Digo que no. ¿Dicen que sí? Digo que sí. En una palabra, he adoptado el sistema de aprobarlo todo. ¡Y he ahí, mi amigo, de todos los comercios, el más productivo!"

PARMENON, *aparte.*

¡Eso es lo que se llama un hombre hábil! Con él un tonto, en pocos días, llegará a ser un insensato.

GNATON

Así hablando hemos llegado al mercado. ¡Qué alegre concurso de todos los proveedores de la cocina sale a mi encuentro! pescadores, carniceros, traficantes, polleros, pasteleros, gentes todas a quienes di a ganar dinero cuando lo tenía, y a quienes doy a ganar todavía, aunque no lo tengo. Uno que me saluda me invita a comer y me felicita por mi regreso. Viéndome tan festejado y buscado con deseo, mi pobre diablo hambriento me suplica que le dé algunas lecciones del gran arte. Le he ordenado que siga mi curso. Quiero ver si, así como los filósofos dan sus nombres a sus sectas, es posible que los parásitos se nombren desde hoy Gnatonicianos.

PARMENON, *aparte.*

¡Hasta dónde conducen la ociosidad y las buenas comidas en casa ajena!

Formión

GETA, DAVE

GETA

Entonces he tomado el partido de prestarme placenteramente a todos sus caprichos.

DAVE

Comprendo: te has dejado llevar por la corriente.

GETA

Hasta ahora nada ha habido de censurable en la conducta de Antifón;

pero Fedria trabó conocimiento con una joven cantante de la que se enamoró perdidamente. La muchacha pertenece a un mercader de esclavos que es el más avaro de todos los hombres; pero el padre de Fedria, antes de marchar, dispuso las cosas de modo que su hijo no pudiera dilapidar nada: éste no tuvo, pues, más consuelo que el de distribuir las horas del día entre el placer de ver a su amada, seguirla, acompañarla cuando ella va a la escuela de canto y volverla a acompañar cuando regresa. Y como Antifón y yo no teníamos nada mejor que hacer, seguíamos a Fedria. Frente a la escuela de canto hay una barbería: en ella esperábamos ordinariamente a que la joven saliera para regresar a su casa. Cierto día allí estábamos cuando un joven entró precipitadamente en la casa del barbero, derramando abundantes lágrimas: sorprendidos le preguntamos la causa de tanto dolor.—"Nunca—dijo—me ha parecido la pobreza tan pesada y abrumadora. Acabo de ver en la vecindad a una pobre muchacha que lloraba a su madre que ha fallecido hace pocos momentos: estaba sentada cerca del cadáver. Allí no había parientes, ni amigos, ni vecinos, más que una pobre anciana, para compartir con la joven los cuidados del duelo. Ese espectáculo me ha impresionado vivamente: además la

joven es gallarda y gentil".—Ese relato nos conmovió a los dos.—"¿Quieres que vayamos a verla?" preguntó en el instante Antifón.—"Con mucho gusto"—respondió el otro.—"Pues haz el favor de guiarnos".—Marchamos, llegamos, vimos. ¡Era bella de verdad! Y aun hacía resaltar más su hermosura la consideración de que nada, absolutamente nada había en ella de artificial: los cabellos en desorden, los pies desnudos, el rostro bañado en lágrimas. . . trapos sucios . . . una porción de cosas que bastarían para hacerla repulsiva si no hubiera sido naturalmente muy bella! Fedria, que no pensaba más que en su cantatriz, se contentó con decir friamente: "¡Qué linda es!" Pero Antifón. . .

DAVE

—Ya adivino: se enamoró de ella.

TERENCIO.

Hipólito

HIPOLITO

No hay vida más libre, ni más exenta de vicios, ni que mejor recuerde las inocentes costumbres de los primeros hombres, que la que se pasa lejos de las ciudades, en la soledad de los bosques. El abrasador aguijón de la avaricia no entra en el corazón del hombre que se conserva puro en la cima de las montañas; allí, no encuentra el favor del pueblo, ni los caprichos de la multitud siempre injusta con los hombres de bien, ni el vene-

no de la envidia, ni las perfidias de la ambición; no es esclavo de la realeza, ni tampoco la desea para sí; no se consume procurándose vanos honores y perecederas riquezas; se halla libre de toda esperanza y de todo temor. No teme las envenenadas mordeduras de la sombría envidia. No conoce los crímenes que nacen en las ciudades y en las grandes reuniones de hombres. Su tranquila conciencia no le hace temblar al menor ruido que oye. No tiene que disfrazar su pensamiento. No desea ricos palacios erigidos sobre mil columnas, ni estucos incrustados de oro. Su piedad no le hace verter la sangre a raudales sobre los altares: cien toros blancos salpicados de harina no vienen a ofrecer su garganta al sacrificador. En cambio goza del libre espacio y de la pureza del cielo; camina con inocencia y con alegría. No sabe tender lazos nada más que a los animales salvajes. Extenuado de cansancio, reposa sus miembros en las claras aguas del Iliso. Tan pronto sigue en sus paseos al rápido Alfeo, como recorre los espesos bosques que riega la fresca y límpida fuente de Lerna. Cambia de lugar a su gusto; aquí, escucha el lastimero canto de los pájaros mezclado al murmullo de los árboles agitados por el viento y a los estremecimientos de las viejas hayas. Tan pronto prefiere sentarse donde

perciba la influencia de una onda errante, como gustar de dulce sueño sobre fresco césped, cerca de hermosa fuente de rápidas aguas. o a la orilla de claro río que se escape con suave murmullo entre variadas flores. Frutos desprendidos de los árboles sirven para aplacar su hambre, y fresas cogidas en su ligero tallo le proporcionan fácil alimento; de lo que siempre quiere huír es del lujo fatuo de los reyes. Beban los poderosos del mundo el vino chispeante en copas de oro; él prefiere sacar en el hueco de su mano el agua de los ríos. Su reposar es más tranquilo en su duro lecho, en donde se tiende con seguridad. No necesita obscura y profunda retirada para ocultar culpables intrigas: el temor no lo obliga a encerrarse en los rincones de una vivienda impenetrable a todos los ojos. Busca el aire y la luz, se complace en vivir bajo la bóveda celeste. Así fue, sin duda, la vida de los primeros hombres considerados en el rango de semi-dioses. La ardiente sed de oro no era conocida en aquellas edades de inocencia; ninguna lápida sagrada determinaba entonces los derechos de cada uno y el límite de los campos; los barcos no surcaban aún los mares; nadie conocía más ribera que la suya. Las ciudades aún no se habían encerrado en vasto cinturón de murallas y de torres.

SENECA.

Agamenón

CASANDRA

En lo interior de ese palacio se desarrolla algún horrible acontecimiento comparable sólo a los que se sucedieron durante los diez años del sitio de Troya. ¡Oh cielo! ¿Qué ocurre? haz que mi alma se vivifique y que goce de la facultad profética . . . Troya, vencida, triunfa a su vez. Está bien. Ilión se yergue, y luego, al caer, arrastra a Micenas: nuestro vencedor queda humillado. Nunca el entusiasmo profético me ha ofrecido tan cla-

ras imágenes. Veo, me hallo presente, estoy gozando. Y no es un ilusorio fantasma el que a mis ojos se manifiesta: es un espectáculo real: estoy viendo en ese palacio un festín parecido al último de Troya; los lechos están recubiertos con púrpura de Ilión; los convidados beben el vino en las copas de oro del viejo Asaraco: Agamenón se encuentra al extremo de la mesa: los suntuosos tapices en que reposa y los ricos trajes de que está revestido, son los magníficos despojos de Príamo. Clitemnestra le invita a dejar aquellos trajes de un enemigo y a vestirse otro de tisú, recibido de las manos de su fiel esposa.—Me estremezco, estoy temblando. ¿Será posible que un vil expatriado asesine a su rey y que una infame adúltera arranque la vida a su legítimo esposo? El decreto del Destino va a cumplirse: al terminar ese banquete la sangre del dueño correrá mezclada con el vino. Un vestido engañador lo deja entregado sin defensa a la muerte: sus manos aprisionadas no pueden moverse libremente; su cabeza, encerrada entre complicados pliegues, no puede salir de la envoltura. Entonces el vil Egisto le asesta una estocada en el costado; pero la mano asesina tiembla y, confusa, no puede hacer penetrar el hierro más que hasta la mitad en la herida. Como se ve en las selvas a un jabalí agitarse furioso

para romper el ramaje que lo rodea y estrechar cada vez más su salida con sus vanos esfuerzos, así el rey, buscando por donde romper los pliegues flotantes e inextricables que lo envuelven por todas partes, se agita entre sus ligaduras para defenderse de su enemigo. Clitemnestra, furiosa y parecida al sacerdote que se dispone a inmolar a un toro ante los altares y escudriña con los ojos el sitio donde debe dar el golpe, ella, para mejor asegurarse, agita su mano impía.—Hiere, y todo ha terminado. La cabeza todavía se mantiene unida al tronco por un jirón de carne; por un lado la sangre se escapa del cuerpo con violencia, por el otro el jefe degollado se mueve convulsivamente. Pero los asesinos aun no se retiran: Egisto se encarniza en el cadáver y lo desgarra; su cómplice lo secunda. Los dos, por sus crímenes, son dignos de su raza. El uno es hijo de Tiesto; la otra es hermana de Elena. El Sol se detiene al final de su carrera, dudoso de seguir o de si debe volverse, como hizo para el festín de Atrea.

SENECA.